

HISTORIA DE ESPAÑA.- 5

Capítulo 4

HISPANIA, UN PRODUCTO DE ROMA

TEXTOS NARRADOR

Andía

Alvar

Guión.- Adolfo Dufour

Asesor histórico.- Jaime

NARRADOR (off).- En los años 50 y 60 del siglo XX, diversas superproducciones cinematográficas, ambientadas en la época romana, se filman en España. La existencia de vestigios históricos y la variada geografía española permiten reconstruir en imágenes las andanzas de Roma, el más poderoso imperio de la Antigüedad. Las montañas de la sierra madrileña de Navacerrada se convierten en los fríos bosques de los germanos; el pantano de Manzanares el Real en la lejana Tracia, las llanuras de Colmenar en el sur de Italia...

Los avatares de la existencia de Roma son muchas veces más conocidos por la imagen proyectada a través del cine que por su propia realidad. La retina del espectador recibía la luz de las intrigas y las espadas, de la corrupción de los emperadores y generales. En su memoria quedaba el fuego, la sangre y la crueldad de la ejecución de los mártires cristianos. Pero la auténtica historia de Roma es más compleja y profunda que lo revivido por el celuloide.

Entre los siglos III a.C. y el IV d. C., Hispania era un dominio más del amplio mundo controlado por Roma. La herencia de la lengua, el desarrollo urbanístico, una excelente ingeniería civil y una sorprendente arquitectura pública testimonian la impronta que la civilización romana dejó en las tierras hispanas.

Hoy, 2.000 años después, muchas localidades españolas cuidan los recuerdos de Roma, puentes, acueductos, carreteras, teatros, circos, que atestiguan su grandeza y hasta en las más humildes pueblos no es extraño oír cómo se presume de tener en sus lindes una calzada romana o un miliario.

Roma había llegado a Hispania en el 218 a. C para disputar a Cartago la supremacía en el Mediterráneo occidental. El enfrentamiento entre las

dos grandes potencias sembró el territorio peninsular de muerte y desolación. Los antiguos pueblos ibéricos, sin ningún sentido de unidad, se aliaron o lucharon con una u otra potencia en función de las circunstancias y vieron con el fragor de las batallas desaparecer muchas de sus tradiciones.

Roma se había presentado a los pobladores hispánicos como la potencia amiga, libertadora, que les rescataba del yugo cartaginés. Pero, apenas diez años después, vencida Cartago, las antiguas promesas se desvanecen y Roma descubre su auténtica faz conquistadora.

Divide el país en dos provincias Citerior y Ulterior e inicia una brutal explotación de los recursos del territorio. Rompe los acuerdos firmados con los nativos y desprecia las demandas que le instan a cumplir sus compromisos.

Los antiguos aliados son ahora enemigos y en el año 197 a.C. una rebelión generalizada de los pueblos hispánicos desafía la presencia romana en Iberia.

El historiador Eliano cuenta que los celtíberos cortan las cabezas a sus enemigos muertos en combate y las cuelgan de sus caballos. Los generales romanos tildan con desprecio a los guerreros hispánicos de forajidos como si la resistencia a la dominación sólo pudiera ser resultado de criminal terror.

VOZ GENERAL (off).- "No son más que bandidos , que si algún valor tienen para devastar los campos vecinos, incendiar poblados y robar ganados, nada valen en cambio en el ejército ni en un combate regular. Luchan más confiados en la huida que en sus propias armas..."

NARRADOR (off).- Los hispanos, muy inferiores en potencial de guerra al ejército romano, presentan combate explotando al máximo sus posibilidades. Equipados con armamento ligero, el conocimiento del territorio les permite escalar montañas, vadear ríos y aparecer para tender emboscadas o desvanecerse entre los bosques y las rocas. Atacar y huir, evitando la lucha en campo abierto. Entre sus humildes armas

cuentan con la falárica, una jabalina a cuya punta, rodeada de estopa empapada en pez, se le prende fuego. Pero el arma más temible es la falcata, una espada que hace mella en la moral de los romanos.

VOZ GENERAL (off).- "Corta los brazos de raíz, desde el hombro, separa las cabezas de los cuerpos con un solo golpe de tajo, deja las entrañas al descubierto y produce toda clase de horribles heridas"

NARRADOR (off).- Dos años después de la rebelión ibérica, nuevas tropas romanas desembarcan en Ampurias. Una vez más, a través de la represión y la diplomacia, de la guerra y el acuerdo, de la hostilidad y el halago, Roma recupera su dominio e influencia en la península Ibérica. Establece alianzas con las aristocracias nativas implicándolas en la explotación de tierras y gentes.

En Lusitania, los nativos tienen problemas de abastecimiento y, por ello, constituyen bandas armadas que saquean territorios vecinos como la Bética. En este contexto se produce el conflicto con Roma.

En las batallas, las largas cabelleras de los lusitanos amparan los gritos que sus gargantas lanzan en una especie de terrible coreografía de guerra; el febril ritmo es acompasado por la gran velocidad de sus caballos; según su tradición, las yeguas eran fecundadas por el viento.

Tras una de las batallas, romanos y lusitanos establecen condiciones de tregua. El pretor romano Galba promete paz y tierras para cultivo; cuando los lusitanos se desarman y esperan con sus familias el reparto, se les ataca; 8.000 lusitanos son asesinados y 22.000 vendidos como esclavos.

Según algunas fuentes históricas, entre los supervivientes de la matanza se encuentra un niño, Viriato.

Años después, Viriato, logra aglutinar a las bandas armadas lusitanas y, frente a la dirección tradicional que se encontraba en manos de grupos de ancianos, es elegido jefe por sus compañeros de armas. Su historia

trasciende la realidad para convertirse en leyenda. Las tradiciones españolas y portuguesas compiten por adueñarse de la imagen de Viriato, el héroe de la libertad, el espejo de la dignidad que refleja su carácter y su independencia.

Cuentan que el día de su boda, Viriato asiste al banquete preparado por su suegro, el rico Astolpas. Pero, éste ha invitado también a los jefes romanos de la zona. Viriato, indignado por la presencia romana, abandona la estancia con su esposa en busca de su refugio en las montañas.

En el año 139 a. C. tras 10 años de resistencia sin tregua a los romanos, Viriato es asesinado por algunos de sus allegados, que han aceptado el soborno de Roma, incapaz de acabar con el caudillo lusitano en el campo de batalla.

Pero los asesinos no reciben su recompensa con la excusa de que “Roma no paga traidores”.

Los lusitanos honran la memoria de Viriato. Su cadáver es tendido en la pira funeraria en la que se sacrifican en honor del héroe gran cantidad de víctimas. Doscientos guerreros, enfrentados de dos en dos, luchan a muerte. Los lusitanos, como muchos otros pueblos de la época, practican los sacrificios humanos y la sangre se satisface con nueva sangre. Su hedor se propaga en el mundo de las tinieblas.

En el año 132 a. C., una ciudad celtíbera, Numancia, experimenta un importante crecimiento demográfico por la llegada de pueblos vecinos sojuzgados por Roma. Vaceos y lusitanos se establecen en la ciudad arévaca que alcanza un alto desarrollo económico y comercial. Roma considera a Numancia como una amenaza y comienza a hostigarla. Se suceden las escaramuzas; en una de ellas los jóvenes numantinos asaltan a las tropas de Cayo Hostilio Mancino; su triunfo es refrendado cortando la mano derecha de los soldados romanos para mostrar su valentía en el combate y aspirar así a casarse con jóvenes mujeres de la nobleza local. Tras diversas batallas, Mancino firma la paz; pero es desautorizado por el Senado de Roma que la considera deshonorosa; como castigo a su tibieza, Mancino es humillado por los propios romanos ante las murallas numantinas.

Los fracasos militares de Roma se deben no sólo a la mediocridad de sus generales, sino muy especialmente al negocio generado por la continuidad de la guerra. Los soldados, cada vez más indolentes, se enriquecen con la venta de los botines de guerra a los mercaderes asentados junto a los campamentos romanos.

Algún tiempo después, Publio Cornelio Escipión Emiliano toma el mando de las tropas romanas. Es un representante del sector más conservador de la política romana. Tras someter a una dura instrucción a los relajados soldados, construye un muro alrededor de Numancia que es vigilado por nueve campamentos romanos; de esta forma corta la posibilidad de que la ciudad reciba ningún tipo de abastecimiento. La lucha es terrible, a muerte.

Tras ocho meses de asedio, Numancia es incendiada. Y sobre los pedestales de su tragedia se edifica el mito que durante siglos alimentará una parte de la historiografía hispana, la de los recuerdos de un carácter indómito, la de la melancolía de una identidad perdida, la del sacrificio y la espada antes que cualquier rendición.

Roma basa su gloria en las victorias en las batallas.

El historiador griego Polibio que suele acompañar a Escipión en sus campañas refleja en sus escritos la idiosincrasia guerrera de Roma:

VOZ POLIBIO.- "Los romanos lo resuelven todo por la violencia, piensan que deben alcanzar su objetivo a cualquier precio y que nada de lo que han decidido es imposible".

NARRADOR (off).- Los numantinos supervivientes son vendidos como esclavos.

La sociedad romana es esclavista y se basa en la separación entre ciudadanos libres y esclavos. Éstos son una parte más de los bienes patrimoniales de los ciudadanos, hasta el extremo de que la jurisprudencia romana distingue dos categorías en los instrumentos de la producción: los que tienen y los que no tienen voz.

Los esclavos provienen normalmente de las guerras de conquista. Los prisioneros de guerra hispánicos abastecen grandemente el mercado de esclavos durante el periodo republicano de Roma.

El escritor Diodoro relata el desarraigo sufrido por los derrotados.

VOZ DIODORO (off).- La mayor parte de los prisioneros bárbaros, mientras marchaban por los caminos, unos se suicidaban, otros se daban muerte entre sí, pues no soportaban el ultraje derivado de la esclavitud.

NARRADOR (off).- Roma tiene gran cantidad de esclavos. No sólo se destinan a las actividades más duras físicamente; oficios especializados como sastres, peluqueros, cocineros, músicos, médicos y cirujanos suelen ser desempeñados por esclavos.

Algunos de los esclavos adquieren por concesión de sus amos, que quieren con ello premiar su fidelidad y trabajo, la condición de libertos. Estos esclavos reciben la libertad pero firman con sus antiguos dueños un acuerdo de manumisión por el que aún siendo libres, muchos de ellos siguen desempeñando las mismas labores que hacían como esclavos; otros cambian de oficio.

En origen los ciudadanos libres eran, en función del arraigo de su estirpe, Patricios o Plebeyos. Los plebeyos, tras largas reivindicaciones, habían conseguido desde el año 367 a. C. que se fijasen por escrito las normas del derecho consuetudinario, que igualaban a patricios y plebeyos en derecho civil, penal y procesal. Desde entonces la vieja distinción deja de ser relevante surgiendo otra en la que será la riqueza y no el nacimiento el principal criterio para dividir la sociedad. Así sólo los ciudadanos más ricos, con ingresos superiores al millón de sestercios, pueden acceder a las magistraturas superiores y, por ello mismo, al Senado.

El Senado es el organismo político supremo. En la época republicana cuenta con 300 miembros; su función es dirigir la política exterior,

orientar la legislación, decidir la política financiera y asesorar a las magistraturas.

Al frente del gobierno de Roma se encuentran dos cónsules elegidos por períodos de un año. En caso de excepcionalidad se nombra un dictador que asume todos los poderes.

El ciudadano romano es el vértice del ordenamiento jurídico del derecho romano, el gran legado que de Roma heredará el mundo.

Los extranjeros son considerados peregrinos; no están sujetos al derecho romano sino que son regidos por un derecho de gentes. Los nativos de los pueblos sometidos de Hispania que conservan la libertad son, en principio, peregrinos, que, además de carecer de los privilegios de la ciudadanía romana, tienen prohibido llevar armas.

Un peregrino o extranjero puede conseguir la ciudadanía romana, si rinde un importante servicio a la República. También pueden aspirar a ello, los habitantes de un pueblo si se considera por los gobernadores romanos lo suficientemente integrado y romanizado. Este factor propicia la sumisión y el colaboracionismo de muchos pueblos sometidos con los conquistadores. El deseo de promoción personal encadena ideológicamente a los súbditos del imperio con los valores que sustentan a Roma.

En Hispania, mientras que a algunas de las aristocracias nativas les es otorgada la ciudadanía romana por sus servicios a Roma, más de 200.000 esclavos hispanos trabajan en los latifundios de la Bética y en las canteras, minas y fundiciones de Cartagena y Turdetania.

En el año 82 a. C., cuando Roma ocupa la mayor parte de la península Ibérica, las elites romanas trasladan a Hispania sus propias rencillas. La clase dirigente romana se encuentra dividida. Una facción, que se agrupa en torno al cónsul Mario, defiende determinados intereses de la plebe; otra facción conservadora, representada por el general Sila, pretende la permanencia de una sociedad inmutable que salvaguarda los viejos privilegios aristocráticos. Tras una cruenta guerra civil, muerto Mario, Sila se convierte en dictador e inicia una terrible represión ejecutando a 90 senadores y miles de ciudadanos.

El general romano Sertorio, antiguo pretor de la Hispania citerior y partidario de Mario, se refugia en Hispania. Aquí, crea su propia ínsula política, un estado paralelo al romano al que, en connivencia con los pueblos hispánicos, dota de su propia estructura. En Huesca promueve una serie de instituciones educativas en las que se instruyen los hijos de sus partidarios ya sean de origen romano o ibérico. Lo que hace, en realidad, es tomar veladamente como rehenes a los hijos de la nobleza local para tenerla a su lado y, al tiempo, educarlos a la romana, de modo que se conviertan en paladines de la cultura romana en Hispania.

El dominio de Sertorio apenas dura diez años pues el general Pompeyo, seguidor de Sila, llega a Hispania con la orden de reintegrarla a la obediencia romana.

Tras derrotar a Sertorio, reprime cruelmente a sus seguidores pero es capaz de establecer con las aristocracias hispanas duraderos lazos de clientela según los cuales, a cambio de su inmunidad y protección, los pueblos ibéricos comandados por ellas, han de reconocer la hegemonía romana, pagar tributos y supeditar su política exterior a los designios de Roma.

Los éxitos en las guerras facilitan el ascenso político de Pompeyo, que, tras la muerte de Sila, se convierte en “el hombre imprescindible” en el poder de Roma.

Pero su liderazgo encuentra un oponente en Julio César, político populista seguidor de Mario, que ha sido procónsul de la Hispania Ulterior, y, de la misma manera que su antagonista, ha establecido con diversos pueblos ibéricos lazos de clientela.

En el año 49 a. C., nuevas guerras civiles ajenas ensangrientan el suelo ibérico. La lucha entre Pompeyo y César por el control del poder en la metrópoli romana se dirime en Hispania.

Las distintas poblaciones nativas combaten al lado de un contendiente u otro en función de los acuerdos suscritos.

Las tropas de Pompeyo son vencidas en Ilerda, la actual Lleida. Tras entrar en Roma, César derrota nuevamente a Pompeyo en tierras griegas. Al fin, Pompeyo es asesinado en Egipto.

En el año 45 a. C., en la campaña cordobesa, en Munda, los hijos de Pompeyo presentan la última batalla. César los derrota, ejecuta y se hace amo de la República romana.

Autoproclamado dictador, desde Roma, César no olvida Hispania; ciudades como Híspalis (Sevilla), Urso (Osuna), Norba Caesarina (Cáceres), son el resultado de su política de donar tierras en la península Ibérica al campesinado pobre itálico.

Tras cinco años de gobierno, César es asesinado por los sectores más conservadores del régimen romano.

Le sucede uno de sus hijos adoptivos, Octavio Augusto, que, con la conquista de las tierras de los Astures y los Cántabros, finaliza la dominación de Hispania.

El geógrafo e historiador Estrabón describe la conmoción que para los nativos supone la pérdida de la libertad.

VOZ ESTRABÓN (off).- En la guerra de los cántabros, unas madres mataron a sus hijos antes de ser hechas prisioneras, y un niño, estando encadenados sus padres y hermanos, se apoderó por orden de su padre, de un acero y los mató a todos, y una mujer a sus compañeros de cautiverio lo mismo. Y uno al ser llamado a presencia de unos soldados borrachos, se arrojó a una hoguera.

NARRADOR (off).- Han pasado 200 años desde que Roma desembarcó por primera vez en Hispania. Por primera vez, el territorio peninsular ibérico se encuentra sometido a una misma autoridad política, a unas mismas normas jurídicas e, incluso, a un mismo sistema económico. Se adopta como lengua el latín de los romanos, ahora únicos gobernadores y administradores de la península Ibérica, que unifica el lenguaje de las comunidades prehistóricas.

El proceso de adaptación resultará duro para buena parte de los habitantes de Hispania que tienen que renunciar a muchas de sus costumbres y aceptar una nueva civilización basada en la concentración de la población en grandes urbes. Así se centralizan el comercio y los negocios y se fija la población para facilitar la recaudación de los tributos e impuestos.

Augusto funda veinte ciudades con estatuto jurídico de colonias: Mérida, Zaragoza, Braga, Lugo, Astorga... Son los vértices desde los que se irradia la romanización del territorio peninsular.

Mientras Roma se atrae a algunos dirigentes indígenas con la promesa de poder obtener el derecho de ciudadanía romana, en otros lados de Hispania se arrebatan tierras a los propietarios nativos que se parcelan y distribuyen entre los veteranos de las legiones romanas. El patetismo de la situación en que quedan acá o allá los antiguos dueños expropiados es descrito por Virgilio en sus “Bucólicas”:

VOZ VIRGILIO (off).- Ah, Lcidas, haber vivido para que un extranjero (cosa que nunca había temido) adueñado de mi campillo, diga: “Esto es mío; emigrad los viejos colonos”. Ahora, vencidos, amargados, pues la fortuna lo cambia todo, le enviamos estos cabritos (¡Que mal le aproveche!)

NARRADOR (off).- La ciudad de Augusta Emérita, Mérida, fue fundada por Augusto en el año 25 a. C. para acoger a los veteranos de las legiones que habían participado en las guerras cántabras. Su situación y la riqueza de la tierra enajenada y repartida entre los legionarios, más de 120 Kilómetros cuadrados, propician su desarrollo. La unión de los soldados romanos, convertidos en agricultores, con mujeres nativas y el afluir de gentes atraídas por el comercio y la posibilidad de trabajo generan una nueva sociedad que convierte a Mérida en una de las ciudades más importantes del occidente.

Un puente, tres acueductos, pantanos, alcantarillas, dan fe del desarrollo tecnológico adquirido por la ingeniería civil romana.

La arquitectura pública también dota a la ciudad de un circo y de un majestuoso teatro en el que más de 2.000 años después todavía se siguen escenificando las farsas y los conflictos humanos.

En el anfiteatro se homenajea a la muerte evocando los antiguos sacrificios. Hombres y mujeres, condenados por delitos, son devorados por las fieras; esclavos y gladiadores luchan a muerte entre el griterío del público. Los sangrientos juegos del anfiteatro representan la hegemonía romana frente al caos del mundo no civilizado. Se rememoran en miniatura los triunfos que otorgan a Roma su grandeza y los espectadores se sienten miembros de una comunidad poderosa y bien dirigida. Los magistrados costean los juegos y buena parte de los sacrificios de animales, cuya carne reparten entre el pueblo. En época de nominaciones, los candidatos a magistrados prometen “panem et circenses”, pan y circo.

En el año 27 a. C., Augusto divide Hispania en tres zonas: dos bajo su control directo como emperador, la Tarraconense y la Lusitania, poseedoras de minas con abundante oro, estaño y plata, que requieren fuertes contingentes militares; otra, La Bética, de economía mayoritariamente agrícola, queda bajo el mandato del Senado.

Pacificado el imperio tras las guerras civiles y cerradas las fronteras, la paz romana se impone en el orbe. Los poetas cantan las excelencias del hombre que la ha hecho posible; el designado por los dioses: Augusto.

A su muerte es divinizado por sus seguidores que propician el culto imperial. En Tarragona, una de las ciudades más importantes de Hispania, la monumentalidad urbana se impregna del recuerdo a Augusto.

En muchas otras ciudades se edifican templos para venerar a Augusto. El culto al emperador se integra en una religión romana de carácter politeísta. Cada dios tiene sus atribuciones y sus poderes medicinales como Diana, diosa de la naturaleza, Marte, dios de la guerra, Mercurio,

del comercio y la elocuencia, Ceres, diosa de la tierra y de los cereales... Baco, dios del vino., Esculapio, de la medicina....

Una tríada de dioses culmina la pirámide religiosa romana y preside todas las manifestaciones públicas desde su privilegiada posición en el foro de las ciudades; son Júpiter, señor del universo, Juno, su esposa y reina del cielo, y Minerva, diosa de la inteligencia y la sabiduría.

La hegemonía romana no conlleva la supresión de los antiguos cultos nativos. Se produce un sincretismo religioso, en el que, muchas veces, el nombre de un dios latino esconde una deidad autóctona con ropajes romanos. En las zonas norteñas perviven dioses nativos como Erudino y, en ocasiones, divinidades como Salus esconden diosas indígenas vinculadas a las fuentes y a las aguas.

En Vetonia las antiguas esculturas de verracos transforman su carácter religioso para convertirse en estelas funerarias. También los tradicionales exvotos iberos van acusando la influencia romana y son representados con las nuevas formas culturales traídas por Roma.

En la zona del valle del Guadalquivir perviven dioses de origen fenicio o cartaginés como la Dea Celestis, denominación latina de la diosa tutelar de Cartago, Tanit. El dios fenicio Melqart, se convierte en el Hércules gaditano.

Llegadas desde el oriente del imperio romano, arraigan en Hispania religiones de carácter místico que ofrecen la salvación eterna. Mitra, divinidad persa e india, símbolo de la luz y la verdad, celebra la muerte ritual de un toro, cuya sangre permitiría el surgimiento de la vida.

Divinidades como Isis y Cibeles llegan desde Egipto y Anatolia, con mensajes propios de salvación para quienes se inicien en sus misterios que no pueden ser desvelados.

Otra religión similar entrará desde Judea y en su planteamiento también se encuentra la idea de la salvación eterna a través del sacrificio para redimir a los hombres; en este caso el sacrificado será el propio hijo de

Dios en su faceta humana; será conocida como misterio de Cristo; es monoteísta y su extensión a través de la palabra propagada por las calzadas y ciudades romanas quebrará la ideología politeísta de Roma. Los hispanos se integran cada vez más en el mundo romano. Apenas hay ya diferencia en las urbes de origen nativo que han sido romanizadas o las construidas directamente por Roma. En el año 74, el emperador Vespasiano concede el derecho latino a una gran cantidad de estas ciudades hispanas y las convierte en municipios romanos. 25 años después, Trajano, miembro de la aristocracia hispanorromana de Itálica, es nombrado emperador de Roma. Durante su mandato y el de su sucesor, Adriano, también originario en Itálica, el imperio romano alcanza su máxima extensión. Ambos emperadores no olvidan sus orígenes y refractan su esplendor a las urbes hispanas.

La ciudad concentra los fastos públicos, la administración, la justicia, el comercio, pero es indisociable de los campos que la rodean. En el territorio circundante es donde las oligarquías locales poseen grandes extensiones cultivables que les proporcionan la riqueza necesaria para desempeñar cargos políticos y ser ciudadanos “notables”. Una instalación, la villa, sirve de centro de explotación del latifundio pero al mismo tiempo ha de acomodar al propietario que cada cierto tiempo acude a vigilar la buena marcha de los cultivos. El lujo preside muchas de estas villae que reproducen el esquema de la casa urbana romana pero dotándola frecuentemente aún de mayor suntuosidad. Galerías abiertas, grandes extensiones de jardín, salones ricamente decorados con mosaicos, termas, templetos o una privilegiada ubicación que contempla los paisajes del entorno. Los campos hispánicos producen copiosamente y generan gran riqueza: trigo, cereales, aceite de gran calidad que se exporta y acapara los

mercados de Roma. Desde todas las partes del imperio se clama por las trufas de Cartagena, las alcachofas de Córdoba, las lechugas de Cádiz. El vino, debido a las medidas proteccionistas de los latifundistas itálicos sobre su producción, salvo el de Cádiz, raramente se comercializa fuera de Hispania y se queda para consumo interno.

La importancia de la producción de aceite de la península Ibérica es tal para Roma que, en determinadas ocasiones, el Estado romano interviene confiscando los terrenos olivareros a los particulares.

En Extremadura las piaras de cerdos ocupan los bosques y en el norte cobran reconocida fama los caballos astures y galaicos. Las tierras de la meseta acogen la cría de diferente ganado; se hacen experimentos con ovejas buscando una lana de mayor calidad

La pesca también es una rica fuente de subsistencia; congrios, morenas, calamares, atunes, ostras, pueblan los mares ibéricos. La industria de salazón y la conservera impulsan la producción de cerámica para los envases y recipientes necesarios en su comercialización. En el valle del Guadalquivir los artesanos son reconocidos por fabricar excelente vidrio.

Una potente industria tintorera hace que las telas turdetanas y las levantinas sean requeridas desde todos los confines del imperio.

Los puertos marítimos son lugar de encuentro de agentes delegados, negociadores, cofradías de navieros, que comercian con Roma pero también con Alejandría, Siria, Britania, Germania....

El verdadero objetivo de Roma en Hispania no es romanizar a la población sino obtener las riquezas que proporciona la tierra. En función de ello, planifica su dominio lo que hace que muestre escaso interés por Celtiberia y el norte peninsular.

La parte montañosa del País Vasco queda relativamente al margen de la romanización entre otras cosas porque no se halla en un lugar estratégico de las vías de comunicación romanas ni sus bienes atraen a Roma que sólo utiliza algunos de sus recursos mineros. El proceso de permeabilización de la cultura indígena con la de Roma es muy variado lo que explica la persistencia de algunas lenguas vernáculas y tradiciones milenarias

En el occidente, el interés de Roma son las minas galaicas y astures y, por ello, propicia la aparición del mercado como forma intermedia de enlazar los castros diseminados y los centros mineros.

Apenas aparecen nuevas ciudades y las que lo hacen, en zonas que antes eran sólo aldeas, son para albergar las guarniciones militares como León, Lugo, Clunia y Flaviobriga o para controlar importantes yacimientos mineros como Astorga (Asturica Augusta).

En las minas se explota hierro, cobre...pero lo que más codician los romanos son los metales preciosos, el oro y la plata. Según el escritor latino Lucano, 20.000 libras de oro anuales se extraen de las minas astur-galaicas.

Las condiciones de los esclavos que trabajan en ellas son muy penosas. También son duras las de los trabajadores libres que ejercen la minería a cambio de un salario. Para mejorar sus condiciones de trabajo los mineros crean las primeras corporaciones obreras que son reconocidas por la administración romana.

En el trabajo se emplean también niños que debido a su menor corpulencia tienen mejor acceso a las vetas más estrechas.

De la dureza de la vida en la mina nos deja fiel testimonio el escritor Plinio:

VOZ PLINIO.- El procedimiento de obtención del oro podría superar los trabajos de los gigantes. Los montes se horadan mediante galerías excavadas a través de grandes distancias a la luz de candiles cuya

duración sirve de medida a los turnos y durante muchos meses no se ve la luz del día.

NARRADOR (off).- En las Médulas, en el Bierzo leonés, se encuentra el yacimiento minero más sorprendente de Hispania.

Para la extracción del mineral se emplean técnicas innovadoras de alivio que utilizan enormes cantidades de agua que inundan las galerías subterráneas y consiguen el derrumbe de gran parte de la montaña.

Terminada la operación la tierra se criba para separar y recoger el oro contenido en la montaña.

2.000 años después un paisaje peculiar, declarado patrimonio de la Humanidad, recuerda la pasada fiebre del oro que proporcionó tantas riquezas al imperio romano y tanto sufrimiento a los mineros que las hicieron posibles.

Roma impulsa la construcción de carreteras para unir a Hispania con el resto de las provincias del Imperio. La Vía augusta- Hercúlea transcurre desde los Pirineos por la costa mediterránea a la zona minera de la penibética llegando hasta Cádiz. Se abre por el sur a Cartagena y Cádiz por Córdoba e Hispalis. Ramales de esta vía principal unen Tarragona con Zaragoza y luego con Astorga, Lugo, Braga, Clunia.

La vía meseteña enlaza con Pamplona y Oyarzun y desemboca en la Aquitania.

La Vía de la plata utiliza la antigua senda tartésica y comunica Mérida con Astorga. Carreteras secundarias tejen una importante red que une a otras ciudades hispanorromanas con estas vías principales.

Una ruta fluvial utiliza el Guadalquivir, hasta Córdoba, y se navegan diversos tramos del Guadiana, el Duero, el Miño, el Tajo, y el Ebro. Grandes obras públicas, puentes, calzadas, acueductos, se multiplican por el suelo hispano. Un riguroso control administrativo del censo y de los impuestos consigue grandes tributos y rendimientos del patrimonio imperial. Aduanas, arbitrios de entrada y salida de las ciudades, pagos de peaje, y una compleja red de funcionarios en los centros de producción-exportación y en los puertos crean un difícil entramado burocrático al servicio de los intereses de Roma.

En tierras hispanas nacen importantes personalidades que protagonizan la vida política y cultural de Roma: el filósofo Séneca y el poeta Lucano son originarios de Córdoba, el agrónomo Columela de Cádiz, el geógrafo Pomponio Mela de Gibraltar; el poeta satírico Marcial de Bilbilis (Calatayud). Éste añora, desde su privilegiada posición en Roma, Hispania.

VOZ MARCIAL (off).- “Te admiras, Avito, de que yo hable con mucha frecuencia de gentes remotas, habiendo envejecido en la capital del Lacio; que sienta sed de las aguas del aurífero Tajo y que desee volver al patrio Jalón, y a los campos mal cultivados de una casita bien abastada. Me gusta la tierra en que soy rico con poco, y los recursos pequeños me hacen nadar en la opulencia”

NARRADOR (off).- La sociedad hispánica se ha imbuido en las costumbres y la ideología de Roma. El dominio romano dejará en Hispania una perdurable herencia: el latín, raíz de diversas lenguas como el castellano, el galaico y el catalán; los monumentos, la cultura, el arte, el

derecho....Una buena parte de la España moderna se construirá sobre los cimientos legados por Roma.